

LAS BABAS DEL SABIO.
ENSAYOS SOBRE LA DISLOCACIÓN DE LA ESCRITURA,
DE BIAGIO D'ANGELO, FONDO EDITORIAL UCSS, 2008*

El 17 de diciembre del año 2008 fue presentado el volumen *Las babas del sabio. Ensayos sobre la dislocación de la escritura* del reconocido crítico literario Biagio D'Angelo. El libro, como indica su autor, reúne ensayos referidos a su preocupación por el marco escritural y sus vinculaciones con diferentes géneros y otros lenguajes, especialmente con las formas mediáticas del *mass-media*, que se advierten como una suerte de espectáculo que conlleva, así mismo, una «nueva alfabetización verbo-visual» (p. 11). La escritura es afirmada como «archivo incomparable de la memoria» (p. 17) que permite, paralelamente, la persistencia del que la genera, y la experiencia enriquecida del lector o receptor. Esta preocupación está particularmente cercana a la historia del arte tanto como a la literatura, que forman parte de la experiencia académica por la investigación y la comprensión del fenómeno creativo, que es un aspecto que concita el interés de especialistas procedentes de ambos campos de estudio. La riqueza en ideas y conceptos que ofrece Biagio D'Angelo en su última producción abarca reflexiones acerca del complejo quehacer creativo y sus implicancias.

Conocemos que cada sociedad construye sus modos y modelos representativos, así como el lenguaje para expresarlos, en una época y lugar determinados. Antes, como ahora, la expresión en la que los individuos se encuentran reflejados los define y caracteriza para sí mismos y para los otros, contemporáneos o no. Actualmente, como lo remarca el autor, la tendencia es a otorgarle un nuevo sentido al «texto» como

* Martha Barriga Tello, Decana de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

una interacción de signos y códigos que posee una 'pluralidad' de circunstancias mediante las cuales no se transmite apenas una información, sino que se comunican (y se ocultan) experiencias, verdades, signos que pertenecen al sujeto comunicador y al sistema del cual este depende y deriva (p. 22)

un recurso para establecer la comunicación mediante cualquier medio y soporte. Esto implica a la palabra, pero también a la imagen. La alfabetización que requiere el receptor moderno trasciende la escritura, para adaptarse al lenguaje del signo adueñado por la imagen, que a su vez ignora o se ha liberado de los antiguos paradigmas de adecuado/ inadecuado, conveniente /inconveniente. Para D' Angelo, en el capítulo *Crítica literaria y literatura comparada. Entre selectores y comediantes*, los recientes paradigmas de la teoría comparativa en América Latina se orientan a la búsqueda de autoridad hurgando en el pasado, negándolo o trastocándolo, apartándose de lo inauténtico presentido, y lo auténtico ironizado. El refugio es una condición no negada, sino afirmada mediante la creación de nuevos mitos y otros referentes, en la necesidad de analizar distintas formas expresivas para integrarlas al imaginario latinoamericano en construcción.

En este contexto, la crítica se constituye en un intento de comprensión valorativa utópicamente imparcial y objetiva, que busca estar atenta y presente en la transformación de la literatura como acto de creación, en permanente actualización. Se incorporan géneros, como la novela televisiva con su capacidad para canalizar el imaginario colectivo, integrarlo y convertirse en sustituto del texto escrito transformado en meramente sugerente, y progresivamente más innecesario en el proceso de identificación del receptor. El lema parece ser «Enseñar mostrando y educar viendo», siempre y cuando prevalezca la pertinencia del discurso y lo adecuado de su expresión, esto es un buen guión, actores adecuados, producción eficiente, en suma alta calidad no reñida con la «cultura de masas», pues es la única lección histórica y vital que aprovechará el receptor. La experiencia se traslada a la literatura, que el autor relaciona con Manuel Puig. La perturba o la identifica con su marco espacio temporal si se admite que, finalmente,

es el lenguaje que corresponde al tiempo. En este momento reconocer esta práctica como «subcultura» genera controversia, porque después de todo ¿quién define las obras que enmarca el término? El cine, la televisión, la música popular han sido creados en el tiempo y responden a las necesidades de usuarios preparados en sentido distinto que los de épocas precedentes, es la cultura de la imagen, indistinta de su origen y todo menos unívoca.

Un tema que ocupa el libro es la problemática y siempre discutida relación entre realidad y ficción en la literatura, o en cualquier obra de arte. La «verdad» en el arte, que podría asociarse a la «realidad» que se pretende asir, o por lo menos representar, no excede los límites de la obra y no debe aspirar a constituirse en explicación válida, aunque los acontecimientos o asuntos que aborde tengan «aspiración» de realidad. Lo serán exclusivamente en la medida que comprometan los hechos, circunstancias o situaciones que la obra de arte ofrezca, y su aspiración a un compromiso de opinión, individual e intransferible. Los artistas ofrecen versiones de observaciones de la realidad, transmiten preocupaciones, reflexiones, angustias y el lenguaje que decidan emplear contribuirá a la claridad o encubrimiento de su intención. El receptor coincidirá con lo obvio u oculto de su propuesta, se identificará o no, pero siempre será igualmente una percepción individual que busque, en él y en el artista, un orden que organice el conjunto, que D'Angelo señala como orientador, «el punto de fuga».

Un capítulo especialmente motivador es el que sugirió el nombre para el libro, *Las babas del diablo y las instantáneas. Fotos, fragmentos, historias*, que se refiere a la no resuelta relación entre fotografía y realidad, y ambas con la literatura. La fotografía es el arte más engañoso del que pueda valerse un artista. Engañoso porque aspira a la verdad, pretende erigirse como copia fiel de lo que selecciona. Y es en la selección, tanto como en la técnica de reproducción, que la fotografía engaña certeramente al desprevenido observador. El ojo del fotógrafo significa lo que observa antes de documentarlo: congela lo dinámico, detalla, amplía, esconde, limita, distorsiona, no es nunca inocente, como no es inocente ninguna obra de arte sea de la palabra, de la imagen, del sonido o de la acción. Es elusiva la fotografía por su sentido espicioso y

fraccionado de aquello que pretende representar, extraña lo que le es ajeno, aunque inicialmente fuera constituyente de su voluntad de ser. El lenguaje fotográfico se vale de elementos fuera de sí a los que les otorga autonomía, o pretende que lo hace. La Literatura, por otra parte, aunque pretenda realidad solamente alcanza la verosimilitud, se vale de palabras hilvanadas con un sentido que, en términos generales, pertenecen al escritor. Señala D'Angelo: «La escritura o la fotografía se vuelven necesidades estéticas, herramientas potenciales que sirven para la comprensión de la realidad como misterio...» (p. 124). Así, instaura el proceso funcional en la obra de arte como tentativa incansable del sujeto de buscar una respuesta satisfactoria y total a su sed de «aventura» (p. 126).

El capítulo *Variaciones Cortázar: confluencia e intercambios entre música y literatura*, está dedicado a reflexionar sobre la vinculación entre ambas formas expresivas. Esta vinculación se materializa en el teatro o en la ópera, donde voz y palabra están definitivamente unidas y dependen una de la otra. La música, en el caso de la literatura, está presente en tanto se «escucha» en la lectura, porque explícitamente esté mencionada en el texto, o porque la obra se estructura como una composición musical en las frases repetidas, quebradas, trastocadas, desarrolladas, diluidas: el «tejido esencial» que identifica el autor en *Rayuela*. También, tal vez, las alusiones musicales conduzcan el sentido de la lectura si el lector conoce la pieza a la que se hace referencia, de otra manera negaría el efecto porque su manifestación estaría subordinada a la palabra, y a la cadencia de la emisión en el texto mismo. El ritmo de la palabra se relaciona a su significado en el proceso de descodificación, y se superpone siempre y cuando se vincule a la frase, y al conjunto del que forma parte. Aunque es cierto que la voluntad del artista se cumple en la obra, independientemente de su captación por un lector no enterado o poco sensible.

En *Don Quixote y Rita Lee: tránsitos tropicales*, es la preocupación por la obra de arte en su orientación lúdica en el mundo contemporáneo lo que preocupa al crítico: «...es cada vez más evidente que la obra de arte no puede responder a la pregunta clásica de lo bello en cuanto armonía, perfección

de formas, deleite» porque ha perdido su capacidad «mítico-creativa... y la capacidad de suscitar cuestionamientos existenciales» (p. 155). Es otro el sentido del objeto de arte hoy, porque es otro el paradigma de una época que se reinventa permanentemente y reformula, niega u olvida sus precedentes. Tendríamos que preguntarnos, ¿es «obra de arte» todo lo que se propone como tal? Porque finalmente, las nuevas propuestas de los creadores, ellos mismos inmersos en un mundo variable y multiformal, responden a la inquietud de quienes desde su recepción encuentran vías de aproximación a la nueva época, y pueden hacer suyos los lenguajes propuestos. Las formas de desacralización de la llamada «alta cultura», que se orientan a su apropiación por las nuevas generaciones, que las revisten de contenidos acordes a sus preocupaciones, y las respaldan con el principio de autoridad que conlleva la obra de arte consagrada, en cualquiera de sus géneros y expresiones, es un fenómeno recurrente en la historia de la humanidad. Constituye una forma de acercamiento a construcciones consideradas no próximas, en este caso *El Quijote*, como una manera de acercamiento por adecuación a una nueva estructura. Lo postmoderno se evidencia en la contradicción implícita en el discurso retomado y sintetizado en otro lenguaje, y con otro objetivo semántico. Los jóvenes no se insertan en su entorno del mismo modo que hace algunos años. Lo convulsionado del mundo que los rodea, los rápidos cambios, la inestabilidad a la que los enfrenta la tecnología y la competencia, justifica volver los ojos hacia lo que se percibe como estable y reconocido, aunque parezca que se distorsiona, para que aclare la indeterminación y falta de paradigmas de su época. La reescritura es una manera de apropiación, de hacer próximo lo alejado, de aproximarse a un auto reconocimiento. En el último capítulo que forma parte del libro: *Doña Flor y sus dos carnavales. Para una relectura de Jorge Amado*, se propone que la reinterpretación de la carnavalización, que en cierto modo supondría esta forma de apropiación, es revitalizante y renovadora y permite la identificación, tanto como la unificación de contrarios en armonía creadora.

En la complejidad del panorama artístico literario latinoamericano cabría preguntarse si el pensamiento crítico debería avanzar como lo hacen

las obras de creación. ¿La crítica es posible que deba ser conducida por los contemporáneos del productor? ¿Está la crítica manteniendo un reducto de valores que tienden a convertirse en «canónicos», y por lo tanto cercan el espacio de opinión a un momento histórico creativo preciso, no transferible? La obra de arte surge de los mismos condicionamientos que deberían conducir el pensamiento crítico que, por su misma naturaleza, tendría que dinamizarse como ella, a partir de ello la coincidencia con la afirmación de Biagio D'Angelo:

Me gusta pensar que estos puentes transitan en el poder misterioso de la imaginación y borran las fronteras intersemióticas que una malsana ley positivista ha querido transformar en vulgares taxonomías [...] [las nuevas propuestas] buscan otro Orden, que huye de definiciones y delimitaciones, y huye del vasto y microscópico seso de los intelectuales (p. 167)